

ñana por el Sr. Buffet, acercáronse á éste varios diputados y le suplicaron que fuera á las Tullerías y obtuviera de la soberana el gran sacrificio que había de tranquilizar todas las conciencias.

El tiempo apremiaba; era hora de abrir la sesión y la ola popular que al otro lado del Sena se agitaba indicaba cuán necesario era apresurarse. El Sr. Buffet se marchó acompañado de muchos diputados, entre ellos los Sres. Daru y Kolb-Bernard; la Cámara no podía haber elegido más dignos emisarios. Los Sres. de Pierre y d'Ayguévives, que habían pertenecido á la Casa imperial, anunciaron á la soberana la visita de la delegación. El Sr. Buffet tomó la palabra: «Si la Asamblea, aun rechazando la destitución, constituye por sí misma una Comisión de gobierno, no se librará de la censura de usurpar el poder ejecutivo, y habiendo comenzado por un acto revolucionario, perderá su autoridad moral; pero si, por el contrario, el Cuerpo legislativo obra sólo por la iniciativa y hasta por el deseo de la regente, encontrará en este mandato su fuerza y comunicará esta fuerza á la comisión por él elegida. Esto será de gran provecho para el orden público, y, por otra parte, el expediente no durará sino lo que dure la crisis; y una vez restablecida la calma, el país decidirá.» La emperatriz había escuchado en silencio; lo que le pedían era el despojo voluntario, bajo la reserva de las débiles esperanzas para el porvenir; pero la proposición, por penosa que fuese, perdía algo de su dureza gracias al acento respetuoso, á la patriótica y profunda tristeza de los que la formulaban. «No pienso en la dinastía, respondió la soberana; si se cree que somos un obstáculo, decretese la destitución, que yo no me quejaré. En cuanto á que yo abandone mi puesto por miedo al peligro, no puedo hacerlo; sería una deserción.» Después de una pausa, la princesa continuó: «Estoy convencida de que para los representantes del país la única conducta verdaderamente sensata, verdaderamente patriótica, sería agruparse estrechamente en torno mío, aplazar todas las cuestiones interiores, concentrar todos los esfuerzos contra la invasión.» El consejo era sabio; pero sólo en las largas dinastías reales se encuentra una María Teresa. La emperatriz añadió con cierta discreta sutileza: «Si la resistencia es imposible, ¿no podría ser tal vez útil mi intervención para obtener condiciones menos desfavorables?» Y luego, ampliando ciertas indicaciones benévolas procedentes de San Petersburgo, habló de un ofrecimiento de mediación que le había sido hecho «la víspera por el representante de un gran Estado sobre la base de la integridad territorial.» Pero el Sr. Buffet y sus amigos eran personas demasiado sensatas para no descubrir en aquel lenguaje un exceso de optimismo. La emperatriz, volviendo á ocuparse de su situación personal, siguió diciendo: «Acepto la destitución, pero no quiero la deserción;» y animándose de pronto, añadió con acento de valiente energía: «Si la conservación de mi poder fuese considerada como un obstáculo para la defensa, ¿sería demasiada pretensión de parte de una mujer voluntariamente descendida del trono pedir á la Cámara autorización para permanecer en París? La residencia, la categoría, importarían poco con tal que me fuese dado compartir los sufrimientos, los peligros, las angustias de la capital sitiada.» A estas palabras sucedió un largo silencio; los diputados estaban conmovidos

y á algunos se les saltaban las lágrimas; y no menos emocionado se sentía el vicealmirante Jurien de la Graviere, que permanecía al lado de la emperatriz. El señor Buffet, incapaz de toda complacencia, ni siquiera de ese halago hacia la desgracia que es la tentación de las almas grandes, replicó á la soberana en estos términos: «La subsistencia de la regencia en su forma actual sería sin duda el mejor partido; pero, dado el estado de los ánimos, este partido es imposible. De todas las soluciones buscaremos la menos perjudicial.» El Sr. Daru expuso con igual respetuosa firmeza análogas consideraciones. A cada momento la conferencia era interrumpida por los partes que se recibían de la prefectura de policía y que la emperatriz entregaba á los diputados. En la antesala estaban las personas de servicio, numerosas todavía porque el vacío en torno de la infortunada soberana no había de hacerse hasta el último momento; y en dos ocasiones vióse entrar á una de ellas, acercarse á la emperatriz y hablarle en voz baja. Luego entró un joven, sin que le anunciaran, y aludiendo á los manifestantes, dijo: «Están aquí, en la plaza de la Concordia,» y después de dar esta voz de alarma, desapareció. La regente seguía en su obstinación: «Desposeerse es desertar,» decía; pero el Sr. Daru no se cansaba de repetir: «Cediendo á tiempo, Vuestra Majestad conservará todo lo que en el orden actual puede ser conservado y evitará al país una revolución.» Ante tales instancias la emperatriz cedió un poco, como mujer no convencida, pero sí abrumada: «Consultad con mis ministros, dijo, y si se adhieren á vuestras opiniones, ratificaré lo que ellos decidan.» Después de lo cual despidió á los delegados.

La respuesta era muy vaga, pero sobre todo era muy tardía, pues la decisión no incumbía ya á las Tullerías, sino á la Cámara de diputados. Una hora más, y el conflicto sería resuelto por el motín.

Mientras el Sr. Buffet y sus compañeros estaban en palacio, habíase abierto la sesión. Era la una y cuarto, y apenas el Sr. Schneider ocupó el sillón presidencial, una moción muy sospechosa reveló la inminencia del peligro. El Sr. de Keratry había pedido que se alejase á las tropas de policía y que se confiase la defensa de la asamblea á la guardia nacional; pero la Cámara había pasado á la orden del día. Tres proposiciones se formulaban: la del gobierno, la de Julio Favre y la de Thiers. Palikao fué el primero en tomar la palabra; antes de la sesión había trabajado con ahinco para atraerse diputados, y del mismo modo que se raspa un escudo impopular, había borrado de su proyecto todo lo que recordaba el Imperio, y á la frase Consejo de regencia había substituído la de *Consejo de gobierno*. La moción estaba concebida en los siguientes términos:

«ARTÍCULO PRIMERO. Se instituye un Consejo de gobierno y de defensa nacional compuesto de cinco miembros, cada uno de los cuales es nombrado por la mayoría absoluta del Cuerpo legislativo.

»ART. 2.º Los ministros son nombrados bajo la recomendación de los miembros de este Consejo.

»ART. 3.º El general, conde de Palikao, es nombrado teniente general de este Consejo.»

La lectura de esta proposición produjo una impresión de sorpresa embarazada. El autor de la misma, por temor de disgustar, se había abstenido de concretar nada,

y se había salido con la suya, pues la proposición resultaba una incoherencia. La regente, cuyo nombre había sido suprimido por una puerilidad algo cobarde, ¿conservaba algún poder ó desaparecía del todo? Palikao, con una especie de seguridad que sobreviviría á los infortunios, se proponía á sí mismo como *teniente general*, denominación anticuada y de significación vaga. Ese personaje que permanecía en reserva y que retenía en sus manos los hilos, ¿no estaría preparado para tirar hacia él de todos ellos?

El tiempo era demasiado precioso para las reflexiones largas. Julio Favre tomó á su vez la palabra y fué breve, ya por la urgencia de las circunstancias, ya por la imposibilidad de añadir nada á la lección de los desastres, y se limitó á pedir la prioridad para la proposición de destitución.

Todo el mundo esperaba á que hablara Thiers cuyo proyecto se reducía á confiar á la Cámara el nombramiento de un Comité de gobierno y de defensa nacional. El Imperio ni se conservaba ni se suprimía; sólo Dios y los acontecimientos decidirían del porvenir. Cuarenta y ocho diputados habían firmado la proposición y entre los firmantes aparecían mezclados con los miembros de los centros los de la más pura mayoría que, bajo el imperio de las circunstancias, acababa de disgregarse, no ambicionando los más escrupulosos sino que la emperatriz los relevara de ser fieles.

Declarada la urgencia y reunidas las tres poposiciones, los diputados se congregaron en sus secciones, manifestándose en éstas las preferencias por el proyecto de Thiers. Todos los individuos nombrados para formar parte de la comisión fueron elegidos en los dos centros, excepción hecha de Julio Simón, quien, sin embargo, se adhirió al criterio de sus colegas (1). Los ministros no se resistían ya, desde el momento en que la emperatriz había resuelto no oponer dificultad alguna, y se abrigaba, por consiguiente, una ligera esperanza de que del acuerdo de los partidos saldría una combinación, si no buena, á lo menos aceptable, que contendría la revolución, reduciría á su mínimo la ilegalidad y permitiría aguardar á que el país expresara su voluntad. Los individuos de la comisión buscaban ya un local para reunirse, nombrar ponente y redactar el dictamen, para lo cual necesitábase aún media hora; pero esta media hora la fortuna no había de concederla. Mientras los diputados estaban todavía en sus secciones, vieron pasar varias veces por delante de las ventanas á algunos individuos que intentaban escalarlas; eran éstos pocos en número, pero detrás de ellos había otros. Oíanse cantos y gritos confusos de *Destitución* y de *República*. En tanto que se deliberaba, los grupos tumultuosos cuya marcha hemos descrito se habían aproximado; comenzaba ya la invasión, y la manifestación, degenerada en motín, iba á encargarse del desenlace.

## VI

Por la calle de Rivoli y por la calle Royale no habían cesado de desembocar masas que habían acabado por ser tumultuosas. El Cuerpo legislativo hallábase defendido, según hemos visto, contra una invasión por una

(1) Memoria del Sr. conde Daru, pág. 18.

doble barrera, es decir, por la gendarmería montada que cerraba la entrada del puente por el lado de la plaza de la Concordia, y por la guardia de París y los guardias de orden público instalados junto á las verjas del Palacio. En el entretanto, varios destacamentos de guardias nacionales, aunque no requeridos para el servicio, se habían reunido espontáneamente y en actitud muy equívoca, y se habían dirigido armados hacia la Cámara. Las diversas autoridades no se habían puesto previamente de acuerdo, y las reglas del estado de sitio habían hecho recaer el mando en el general Caussade. Este, al ver venir algunas compañías que marchaban en orden y con disciplina, creyó que obedecían á una convocación regular; y los gendarmes de á caballo abrieron sus filas para dejar pasar á los supuestos defensores del orden. Por aquella brecha se deslizaron otros guardias nacionales, también armados, que decían haberse rezagado, y algunos sin armas ó sin otro distintivo que el kepis. Cuando se reconoció el error, no era tiempo de remediarlo y ya habían pasado una porción de hombres de los arrabales. De este modo se intercaló en el puente, entre los gendarmes y la policía, una fuerza adicta en gran parte á los enemigos del Imperio. Mientras los guardias municipales y los de orden público permanecieran agrupados delante de las verjas, la Cámara estaría á cubierto de cualquiera invasión. Los guardias nacionales, aglomerados en el puente, hicieron un esfuerzo para avanzar, é irritados porque la policía les cerraba el paso, reivindicaron el derecho de proteger á la asamblea; y algunos diputados de la izquierda, enterados de lo que fuera sucedía, intervinieron en el asunto y pidieron á los cuestores que mandaran retirar la policía. Los cuestores se desentendieron de tal petición alegando que su autoridad cesaba en los límites del Palacio, en vista de lo cual los peticionarios se dirigieron al general Caussade. Este, que se sentía cada vez más pequeño ante la magnitud de los sucesos, que sabía que la emperatriz quería evitar toda efusión de sangre y que en medio de la general debilidad había perdido la poca energía de que estaba dotado, usando de sus poderes, ordenó á las tropas de policía que se retiraran. Los comisarios y los oficiales de orden público protestaron con respetuosa insistencia; pero el general, con una firmeza en él insólita, reiteró en tono perentorio la orden. Era, pues, preciso obedecer, por lo que se replegaron á lo largo del muelle de Orsay aquellos que hasta entonces habían constituido una barrera viviente para la representación legislativa.

Los guardias nacionales, llevando al frente la banda de tambores, relevaron á la policía. En aquellas fuerzas había de todo: buenas compañías, como las de la Calzada de Antin; otras muy medianas y otras completamente malas; las mejores no tendrían más energía que la precisa para permanecer neutrales. Desde aquel momento, la única defensa de la Asamblea estaba en la solidez de las verjas y en la fidelidad de los dependientes y criados. La sesión, en el entretanto, se había suspendido y los diputados habíanse reunido en sus secciones; aprovechándose de la suspensión, algunos espectadores de las tribunas habían bajado y, gracias á la poca severidad de las consignas, se habían agrupado en los escalones del peristilo. Aquellos individuos, que eran periodistas, ex representantes y gente de club,

agitaron sus pañuelos y sus sombreros, como llamando á los agitadores de fuera, y aunque los cuestores, auxiliados por los guardias, les obligaron á retirarse, no tardaron en reaparecer en mayor número, y muy pronto, según dice un testigo ocular, «las gradas se llenaron como un estrado (1).» Desde la plaza de la Concordia se veían las señales y esto excitaba el ardor de la multitud, la cual empujaba cada vez con más violencia á los gendarmes que guardaban todavía el acceso del puente por el lado de la plaza. Por entre las patas de los caballos y por los espacios que dejaban entre sí los jinetes, escurríanse guardias nacionales, obreros y menestrales, que, entrando en el puente, empujaban á las compañías. Estas, que habían sido las primeras en pasar, tocaban ya á las verjas del Palacio, que estaban cerradas y constituían la única protección de la Cámara. La orden primitiva era de que no se abriesen para nadie, así es que, habiéndose presentado algunas delegaciones de guardias nacionales, los porteros les impidieron la entrada; pero en esto llegaron dos ó tres diputados y se entreabrió la puerta para que pudiesen entrar, penetrando con ellos en el edificio algunas personas extrañas. Después se parlamentó, y habiendo llegado un diputado, el Sr. Steenackers, los guardias nacionales insistieron en su exigencia; entonces se decidió dejar pasar á algunos individuos, sólo á algunos, con la condición de que dejaran sus armas, y el resultado fué que pasaron, no algunos, sino un centenar de hombres, puesto que junto á la puerta se encontraron cien fusiles (2). Muy pronto, siendo ya imposible cerrar las verjas, los que las custodiaban cedieron, medio de grado, medio por fuerza; y la muchedumbre, desbordándose por el edificio, invadió primero el peristilo y después los pasillos en número tal, que hubo que renunciar á contener aquella ola humana.

En el interior había algunos destacamentos de infantería compuestos de soldados bisonos, á quienes aquellos sucesos tenían atolondrados y que lejos de contener á los invasores se apartaron para dejarles paso. ¿Sería más persuasiva la elocuencia que eficaz había sido la fuerza? Propagada la alarma, varios diputados de la izquierda salieron al encuentro de los recién llegados y como mejor supieron trataron de convencerlos con razones, sermoneándolos suavemente, como sermoneaba Napoleón, en los tiempos de su poderío, á Italia cuando se emancipaba demasiado. «¡Viva la República! gritaban los manifestantes. ¿Verdad que la tendremos?, añadían con insistencia ruidosa.—Sin duda, sin duda, pero retiraos.» respondía Picard, que no había visto todavía ninguna revolución y no parecía tener muchas ganas de ver una. Cremieux, más experto, subióse á un taburete á causa de su pequeña estatura, y desde aquella improvisada tribuna se puso á perorar; pero los grupos se retiraban por una puerta y volvían á entrar por otra, y con la monótona persistencia de un estribillo, algunas voces enronquecidas gritaban: «¡Dimisión, dimisión!» Entre los facciosos había algunos sujetos de aspecto bastante tranquilizador; mas, no obstante esta mezcla, los exaltados se sobrepusieron á los pacíficos.

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 159.

(2) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Jacob, tomo II, pág. 187.

A pesar de todos los consejos, aquella masa de gente se aproximaba al salón de sesiones y antes de poco habían de ser inútiles todos los esfuerzos que se hicieran para alejarla de allí.

Mientras la sesión estuvo suspendida, el hemiciclo había quedado casi vacío. De los espectadores de las tribunas, los más atrevidos habían bajado situándose debajo de la columnata; los pacíficos no se habían movido. El Sr. Schneider no había abandonado el sillón presidencial con la esperanza de que su presencia en aquel sitio impondría la calma; en los bancos apenas se veían ocho ó diez diputados, que, mientras sus colegas estaban en las secciones, rompían ó guardaban sus papeles, como hombres que presienten una partida sin regreso. Eran las dos y media aproximadamente; de pronto oyéronse fuera gritos, rumores de altercado, y en seguida las tribunas se llenaron de individuos desaliñados que gritaban, aullaban y vociferaban: los facciosos habían eliminado rápidamente á los moderados.

Los diputados de la izquierda, al distinguir entre los invasores á algunos de los más detestables concurrentes á los clubs, experimentaron la cruel perplejidad de su victoria, y los que pudieron atravesar por entre la multitud y volver al salón se precipitaron al encuentro de los revoltosos: Cremieux lanzó algunas exhortaciones que el ruido no dejó oír; Glais-Bizoin, aún más impotente, agotó para recomendar la calma la poca voz que tenía; y Gambetta, aunque muy ardiente partidario de la caída del Imperio, rogó encarecidamente á aquellas gentes que no comprometieran con sus excesos la libertad, y al oír los acentos de aquella potente voz, muy á propósito para las grandes tempestades porque las dominaba, sonaron algunos aplausos. En esto, entraron en el salón algunos diputados que salían de las secciones en donde la discusión acababa de terminar, y el Sr. Schneider, uniendo sus consejos á los de Gambetta, protestó de su lealtad á la Cámara, á la cosa pública y á la libertad. Hubo entonces un simulacro de discusión reanudada, una esperanza fugaz, pasajera de apaciguamiento; pero en aquel mismo instante oyóse el ruido de vidrios rotos y de puertas violentamente abiertas, y nuevos grupos invadieron el hemiciclo. El señor Schneider, por consejo de uno de los secretarios, levantó la sesión y á duras penas pudo salir del recinto; cuando llegaba al jardín de la Presidencia fué insultado y golpeado por las turbas que gritaban: «¡Muera el asesino del Creuzot, el explotador de los obreros!» Agrupábanse en torno suyo, atentos á protegerlo, los señores Magnin, Chesnelong y Boduin, y no sin grandes trabajos pudo llegar á su residencia, cuya puerta fué cerrada inmediatamente.

Lo que sucedió después puso colmo al desorden: el salón se llena de manifestantes; dos jóvenes suben al estrado presidencial y se disputan el sillón; y Gambetta, que pocos momentos antes predicaba la calma, sea por impulso natural, sea por esperanza de contener el movimiento asociándose á él, se pasa de repente á la revolución, redacta á toda prisa una moción de destitución y la hace aclamar, no por los diputados, pues casi todos ellos han salido con el Sr. Schneider, sino por los facciosos. Suenan gritos de «¡Viva la República!» mezclados con amenazas é imprecaciones, y sólo una voz

## VII

La Casa consistorial había estado desierta durante toda la mañana y por ser domingo hasta las oficinas se encontraban vacías. A medida que el día avanzaba, el temor de que ocurrieran disturbios hizo que se enviasen allí algunos destacamentos de infantería; pero los soldados se desbandaron en parte gritando «¡Viva la República!» y en cuanto á los que quedaban, ni el Imperio podía esperar ni la Revolución temer nada de ellos. A eso de las tres y media, uno de los jefes de división de la prefectura fué corriendo desde el Cuerpo legislativo adelantándose á los manifestantes, y entrando precipitadamente en el despacho del prefecto, dirigióse al secretario general Sr. Blanche y le dijo: «Antes de una hora esto estará invadido (3).»

Los primeros en llegar fueron Julio Favre, Julio Ferry y el Sr. de Keratry; las tropas de línea que aún permanecían allí no opusieron ninguna resistencia, y aun los oficiales cambiaron algunos apretones de manos con los recién llegados (4). Gambetta y Manuel Arago se presentaron poco después, y habiendo tomado la reunión un carácter de familia, comparecieron en un mismo coche Esteban Arago, tío de Manuel, y el señor Dreou, yerno de Garnier-Pagés. Ernesto Picard llegó en coche y Cremieux á pie, el primero curioso, burlón y triste, y el segundo muy alegre á pesar de su edad, y rejuvenecido ante aquella reproducción del 1848. Se sabía que comparecería Picard y muchos otros estaban en camino. Sin esperar más, los reunidos se creyeron en número suficiente para actuar de gobierno, y Gambetta, que era hombre resuelto, echóse á buscar al prefecto para notificarle su destitución; mas sólo encontró al Sr. Blanche que estaba sentado delante de su mesa de despacho y que, al verle, le dijo sonriendo: «Os esperaba,» y desapareció (5).

Los grupos que acompañaban á Julio Favre se habían engrosado con otros grupos; la multitud penetró en el edificio; todos se felicitaban y se daban las manos, y los guardias nacionales ponían flores en las bocas de sus fusiles. Se gritaba mucho, pero «en una nota media,» según expresión de un testigo (6). Daños materiales hubo pocos, y si bien es cierto que se rasgó un cuadro de Horacio Vernet, justo es confesar que la culpa era suya por representar al emperador (7). Gambetta pronunció un discurso que fué recibido con aclamaciones. En efecto, algunos gritaron: «¡Esteban Arago, alcalde de París!» Esteban Arago era un anciano que había visto varias revoluciones y no habría tolerado que se realizase ninguna sin él; su sobrino le dió un pedazo de tela encarnada, diciéndole: «Toma, aquí tienes tu banda;» y él se la puso incontinenti, pareciéndole aquella investidura sobradamente legal (8). No lejos del

(3) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 266.

(4) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(5) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(6) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Ferry, tomo II, página 381.

(7) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 267.

(8) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración de Read, tomo II, página 267.

protesta, la del marqués de Piré, quien, apoyado en su bastón, lanza á las turbas reproches intrépidos. Si hemos de dar crédito á un testigo muy bien informado, encontrábase allí todos los agitadores de las reuniones públicas, todos los que más tarde habían de figurar en la *Commune* (1). En aquel mismo momento, Regere interpelaba á Thiers en uno de los pasillos: «Señor Thiers, le decía, ya sabéis cómo se hacen las revoluciones, puesto que habéis hecho dos. El pueblo no espera; os hemos esperado hasta las dos, y como no habéis estado dispuesto, nosotros mismos decretamos la destitución.» No había allí fuerza pública: las tropas de policía estaban lejos; la guardia nacional era neutral ó cómplice, y los soldados arrojaban sus fusiles en el jardín de la Presidencia; en el salón de conferencias, el general Caussade permanecía sentado, silencioso y como anonadado. Y en el entretanto, los dos hombres que habían subido al estrado presidencial agitaban la campanilla y se preparaban para promulgar decretos como en los tiempos revolucionarios.

En aquel momento Julio Favre consiguió penetrar en el salón: había visto un espectáculo análogo en 15 de mayo de 1848; pero ahora el peligro sería mayor á causa de la disgregación de los representantes del orden; y aguijoneado por este temor, no pensó sino en desviar aquellas turbas como se desvía una corriente á la que no es posible poner un dique. ¿No era acaso el Hotel de Ville el sitio tradicional en donde se consagran los cambios políticos? Al ver que la muchedumbre pedía la República, exclamó: «No es aquí donde puede realizarse este acto, sino en el Hotel de Ville. Seguidme; yo voy allí delante de vosotros.» Algunos, tomando de los pupitres pliegos de papel, escribieron en ellos en grandes caracteres *Hotel de Ville* y los mostraron al público de las tribunas. Varios individuos, Peyrouton entre ellos, protestaron, pues se encontraban muy bien en el Palacio Borbón y temían que la Cámara, al verse libre, volviese á legislar; pero la mayoría, ajena á este refinamiento de previsión, aplaudió. Julio Favre salió el primero; algunos comparsas echaron á andar en pos de él, y le siguió la multitud exaltada, turbulenta, necia y malvada, aunque no lo bastante para que no se la pudiera apaciguar con recursos retóricos. A la salida, los manifestantes encontraron al Sr. de Keratry y á Julio Ferry que se juntaron con su colega. Algunos guardias nacionales se ofrecieron á abrir paso, otros formaron una escolta benévola, y la manifestación remontó el Sena.

El camino era conocido: era el mismo que la Revolución se había trazado ya tres ó cuatro veces. Aquel acto era una reproducción de otros actos anteriores; no había en él nada de nueva invención. La única novedad era que los prusianos estaban á seis ó siete jornadas de París. Cuando la multitud llegó á la altura de las Tullerías, algunos se desviaron como si quisieran dirigirse al palacio; pero una señal enérgica de los directores hizo volver al muelle á los que se apartaban. Daban las cuatro cuando la manifestación desembocó en la plaza de la Greve (2).

(1) *Enquête sur le 4 septembre*, declaración del comisario de policía Bellanger, tomo II, pág. 158.

(2) Véase Julio Favre, *Gouvernement de la Défense nationale*, 1.ª parte, pág. 78.